

MARTÍNEZ MEDINA, A., 1999: "El pensamiento de José Guardiola ante las reformas necesarias en la estructura...", en: GUARDIOLA PICÓ, José (1908): *Reformas en Alicante para el siglo XX. Tercera parte*, (edición facsímil) ed. COEPA y CMA, Alicante, 1999; isbn: 84-922928-3-0; pp.: XVII-XXXI

2.- El pensamiento de José Guardiola ante las reformas necesarias en la estructura urbana para el siglo XX

2.1.- El fin de una trilogía crítica

Este libro se imprimió en 1908, aún no hace un siglo. Un año después moría su autor, José Guardiola Picó (1836-1864-1909), arquitecto, urbanista y crítico de las disciplinas profesionales que ejerció a lo largo de su vida en la ciudad de Alicante y, también, en la accidentada geografía provincial. El grueso del discurso había sido escrito mientras era arquitecto municipal de la ciudad, puesto que se concluyó "en las postrimerías del año 1900". Sin embargo, aún tardaría ocho años en editarse, por lo que el autor añadió una serie de anexos que pretendían actualizar y matizar ciertas opiniones en él vertidas, ya que algunas de sus quejas habían sido atendidas en la década que transcurre entre el fin de la actividad literaria y el momento de la publicación del trabajo crítico. En este epílogo hace constar "las obras de urbanización, los proyectos de mejora y de reformas presentados y los ejecutados". Pero este libro no es un hecho aislado en su carrera, en realidad se redacta como la tercera parte de una trilogía que llevaría por título "*Reformas en Alicante para el siglo XX*". La primera de estas publicaciones salió en 1895 con este título; la segunda se denominaba "*Alicante en el siglo venidero*" y fue impresa en 1897. La última retomaba el encabezamiento inicial con un subtítulo aclarativo: "*Tercera Parte*", la presente.

El contenido del libro no encaja con precisión con el título del mismo. Éste parece anunciar un listado de propuestas de carácter urbanístico y las mejoras necesarias en la ciudad para adelantarse al futuro que se avecinaba y se intuía en expansión. Pero no es exactamente así. Para conocer las propuestas concretas sobre los trazados urbanos, los planes de ensanche, las reformas interiores o los equipamientos necesarios que pudo proyectar o prever el arquitecto habría que recurrir a un seguimiento de su obra gráfica y a sus anteriores publicaciones, ya que este libro, en realidad, es algo más que el diseño concreto de soluciones a los problemas urbanos. El texto se estructura como un amplio y exhaustivo estudio de las condiciones higiénico-sanitarias de la ciudad, más en concreto de su red de saneamiento, atendiendo a las dos vertientes básicas de esta infraestructura, aguas sucias y aguas pluviales. Este estudio se complementa con una minuciosa investigación sobre la hipotética conformación de la ciudad desde sus primeros pobladores, allá por el medievo, hasta los días de su propia existencia, y se completa con un análisis pormenorizado del estado de las conducciones de recogida de aguas, cuando éstas existen. Por fin el texto se rellena, de modo salpicado en los diferentes capítulos y de modo continuo en el apéndice final, con una serie de recetas y soluciones a problemas urbanísticos tangibles o que el autor, desde su experiencia de 25 años como técnico municipal, es capaz de anticipar.

Para entender el discurso crítico y las propuestas urbanísticas resulta conveniente tener conocimiento de dos cuestiones básicas: el estado físico de la ciudad de Alicante a finales del siglo XIX y la ideología que domina en las clases intelectuales de estas décadas. La descripción detallada de la trama, al margen de poder contar con distintas planimetrías recogidas en otras publicaciones especializadas, la facilita el autor en el propio libro. El pensamiento, y las claves que rigen sus razonamientos, también se enumeran en el mismo, si bien no de una manera inmediata. José Guardiola vive en una sociedad inmersa en grandes transformaciones el origen de las cuales arranca con la "Revolución Industrial", la cual llega a España, procedente de los países europeos, con el inevitable retraso, y a las capitales de provincia con mayor demora si cabe. Claro que el Estado español había estado inmerso, a lo largo de toda la centuria, en una inacabable guerra civil más o menos encubierta: la actividad bélica impidió o retardó los procesos de industrialización de las ciudades, y las implicaciones que éstos acarrearaban. Porque fueron cuatro las revoluciones que supondrían para nuestros pueblos y ciudades las consecuencias que devendrían tras el detonante que supuso el invento de la máquina de vapor. La Revolución Industrial era algo más que el cambio en los sistemas de producción, en las condiciones de los mercados y en las nuevas relaciones del capital. Sus implicaciones significaban una primera revolución en lo urbanístico (de cómo iban a entenderse en adelante las ciudades), una segunda en lo sanitario (como consecuencia de los avances médicos y científicos), una tercera en lo social (porque las clases más desfavorecidas aumentaban en número y desatenciones), y una cuarta en lo tecnológico (porque la

gran cantidad de inventos dibujaban a la técnica como la panacea a los problemas de la humanidad). Y de todas y cada una de estas revoluciones, que afectaban a la ciudad y a sus moradores, era perfectamente consciente José Guardiola, de que el futuro sólo sería mejor, en lo urbano, cuando se diera adecuada respuesta a cada uno de los retos que estas transformaciones estaban suponiendo.

2.2.- La revolución urbanística o la obsolescencia de la estrategia militar

“Ayer los pueblos buscaban el amparo de las fortalezas para librarse de los ataques del enemigo, hoy huyen de ellas para no sufrir los estragos que con otras formas lo verifican. ¡Benditas sean, pues, la ciencia y el arte que con la aplicación de sus sabias reglas han producido tan hermosa transformación!”. De este modo se refería el arquitecto al fin de una era para las ciudades y anunciaba el nacimiento de otra. Alicante había dejado de ser “Plaza Fuerte” en 1858, dándose vía libre al derribo de las murallas. Los últimos intentos para volver a construir defensas militares se remontaron a 1875, pero éstas nunca se llevaron a cabo; dos años antes el mismo José Guardiola redactaría el primer Anteproyecto de Ensanche conocido. En el periodo que va desde la redacción del proyecto de fortificación citado al año en que se culmina inicialmente este libro, transcurren 25 años en los que se procede a la demolición paulatina de todo tipo de paramentos que delimitaban la ciudad. Este proceso fue paralelo a la redacción de los planes para el barrio de Benalúa y del Ensanche de la ciudad.

Estos hechos se repiten por toda la provincia. Denia y Jávea habían comenzado las demoliciones hacia 1873, Jávea, Pego, Teulada y Altea también lo harían, otras muchas poblaciones (Alcoy, Elche, Cocentaina) seguirían este camino sin retorno. Esta opción se había iniciado en París cien años antes y, paulatinamente, se había extendido por las grandes capitales europeas para alcanzar España de un modo tardío, justificado por la inestabilidad político-militar. Con el tiempo, algunas villas se arrepentirían de que esta fiebre destructora borrara estos testigos de la historia sin dejar apenas rastro. A finales del siglo XIX nadie, en esta sociedad occidental, daba valor alguno a estos cinturones defensivos. Y es que el derribo de los recintos amurallados fue simultáneo al abandono de las fortalezas por parte de las guarniciones, porque además de la opresión que suponía su presencia eran un símbolo del Antiguo Régimen. Decididamente la ciudad, con sus ansias de expansión y crecimiento, había vencido a la caduca estrategia de atrincherarse sobre sí misma, enrocando su futuro. Como diría Joan Calduch: “la obsolescencia de la ciudad militar concebida como un todo, tal y como se había entendido hasta principios del siglo XIX, hará que pierda su papel protagonista como elemento configurador de la imagen de la ciudad”, incluso antes de que se dibujara el Plan de Ensanche. Y en todo este proceso mucho tuvo que ver la figura de nuestro protagonista.

José Guardiola fue arquitecto municipal en el periodo de 1865 hasta 1905, en una trayectoria no continua, cargo en el que se alternó con José González Altés. Desde este puesto, y también desde el ejercicio libre de la profesión, su preocupación por el planeamiento urbanístico es patente. No se debe olvidar que fue el artífice de numerosas reformas de alineaciones sobre la trama histórica, el autor del plan para el barrio de Benalúa (1883-84) y que redactaría sucesivos documentos gráficos para el Plan de Ensanche (1873, 1881 y 1888). De hecho, el Ministerio de Fomento aprobaría en 1890 su Plan, documento que dos años después sería rectificado por José González. Pero, a lo largo del libro, el autor no se explaya en las hipotéticas soluciones de diseño urbano, ni en las propuestas que él ha podido dibujar a lo largo de su vida, más bien efectúa una crítica minuciosa de los males urbanísticos que aquejan a la ciudad, para después sentar las bases científicas del instrumental y las operaciones necesarias para atajar los problemas: no da recetas inmediatas sino que sienta las bases de la ideología a que deben atenerse las reformas que se planteen.

Con este fin distingue la ciudad consolidada (interior al perímetro de la muralla) de los barrios, suburbios o arrabales (exteriores a dicho recinto). A su juicio, estos últimos presentan los mismos problemas que la propia ciudad: densidad de población y de edificación, sólo que agravados, ya que su situación, trazado urbano y condiciones de rasantes obedecen casi al libre albedrío, y en donde la policía urbana, por parte municipal, ha pecado de mayor desidia, quizás, por considerar estos barrios “asuntos badalís y sin importancia para la higiene y armonía”. Para justificar esta triste realidad, el arquitecto nos invita a participar en dos recorridos. Uno primero relativo a cómo debió ser antaño el relieve natural de los terrenos ocupados por el Alicante de fin de siglo, en una reconstrucción histórica de los sucesivos procesos de urbanización, un *tour* literario de indudable interés, muy especialmente en el terreno geográfico y toponímico. Un segundo, detallista, en el que se enumeran todas y cada una de las deficiencias urbanísticas, para lo cual divide la trama edificada en una serie de sectores: el Benacantil (con sus zonas alta, intermedia, la que bañó el mar y el Arrabal Roig), la zona central, el barrio Nuevo y la zona baja (con el barrio de San Francisco y el extremo del baluarte de San Carlos). Al final del paseo demuestra que la causa de todos los males urbanos es la falta

de condiciones del sistema de alcantarillado, cuyo correcto discurrir debía ser paralelo a los ejes de las vías públicas, máxima que no se cumplía ni se podía cumplir porque la mayoría de las calles tenían un trazado inadecuado. Por ello concluye que es condición necesaria, como base para cualquier actuación futura, tanto en la trama consolidada como en la susceptible de ser edificada, la confección del “levantamiento de un plano general de rasantes que comprenda el casco urbano antiguo y el de todos los alrededores, que es la base fundamental e indispensable para facilitar el estudio del establecimiento de una red de alcantarillado y los desagües de las avenidas”.

El autor del libro es arquitecto y ejerce de urbanista desde esta condición. Como tal asume que el conjunto de defensas supone un corsé para la ciudad, pues le impiden conseguir una trama urbana saneada y clara. Por ello para la parte ya construida sólo encuentra solución en el recurso a las reformas interiores, tan costosas y dolorosas. Este sentido recuerda lo conflictivo de la apertura de la avenida de D. José Zorrilla (actual Constitución), la prolongación de las calles de San Fernando y de Gerona (entre Castaños y Bailén), o lo sucedido en la plaza del Abad Penalva. Pero también tiene muy claro que para los terrenos sobre los que se expanda la ciudad, allende las murallas, donde se extiendan los futuros barrios, su referente es Idelfonso Cerdá. Y, siendo consecuente, no tiene otra alternativa que sentenciar que cualquier intervención debe ser precedida por “un plan debidamente preconcebido, como debe ser de rigor”. Y este principio técnico de actuación resulta de aplicación tanto a lo viejo como a lo nuevo, a la ciudad existente como a la que estaba por venir, toda vez que el recinto de las estratégicas murallas había sido reventado. José Guardiola veía las reformas necesarias como una batalla en la que sólo cabía “alcanzar una completa victoria”. El enemigo ya no estaba fuera, estaba dentro. Las guerras militares habían terminado, si acaso, ahora, quedaban pendientes las bacteriológicas, contra los microorganismos.

2.3.- La revolución sanitaria o la memoria de las condiciones higiénicas

En paralelo con la Revolución Industrial estaba teniendo lugar una revolución científica, muy en particular en el mundo de la medicina. Ésta estaba en auge, y no sin razón: se verificaba que muchas de las enfermedades, cuando no todas, tenían su origen en la presencia de microscópicos seres vivos que producían el contagio y el foco de infección. Estos hallazgos pronto encontraron su repercusión en la disciplina de la urbanística. Una de las facetas que caracteriza a la arquitectura del siglo XIX, al margen de otros debates, es su preocupación por los temas sanitarios. Todas aquellas edificaciones que pudieran convertirse en hipotéticos focos de infección fueron repensados tipológicamente y resituados en las ciudades. Los cementerios abandonaron su sacrosanto lugar junto a las iglesias y se desplazaron al exterior de los recintos fortificados. Los mataderos y los mercados de abastecimiento fueron definidos ahora, los primeros a ser posible cerca de desagües (naturales o artificiales), los segundos de modo exento, más diáfanos y amplios, sin contacto directo con los inmuebles residenciales; ambos debían ser sometidos a continuos procesos de limpieza. Los hospitales se habían convertido en focos de infección, por eso se aconsejaba emplazarlos en lugares altos, bien aireados, rodeados de vegetación. Y así podríamos continuar con cárceles, asilos, acuartelamientos y un largo sin fin de edificaciones públicas. No es ajena Alicante a esta fiebre pro-salud; demasiado recientes tenía las epidemias de fiebre amarilla (1804 y 1870) y del cólera morbo (1834, 1854, 1859, 1865 y 1885), y ya había trasladado el cementerio fuera de las murallas, a San Blas (1805). Como tampoco es ajena la actividad del arquitecto que, en su dilatada trayectoria, proyectó los mercados de la actual plaza Nueva y de la plaza de Balmes, los asilos de Nuestra Señora del Remedio, de las Hermanitas de los Pobres y de la Oblatas, el hospital del Niño Jesús y reformó el Matadero Municipal.

José Guardiola está imbuido por estas corrientes higienistas, como lo prueba el hecho de recoger en su libro las ideas generales más sobresalientes que los especialistas aconsejan “en congresos y conferencias, en revistas y diarios”. De hecho, ya se ha apuntado que para el autor la primera causa de todos los males urbanos es la falta de condiciones del sistema de alcantarillado, red que no sirve porque: obedece a un trazado incorrecto, la mayoría de sus tramos no son registrables, éstos no son impermeables (dejando escapar las inmundicias y los olores) con sus consecuencias tanto en el subsuelo (bajo rasante) como por encima del suelo (sobre rasante). Esta situación se agrava por la presencia de pozos negros, de los que afirma “que en la población hay abundancia, no sólo en el interior de los edificios, sino también en la vía pública, con perjuicio evidente para la salud, los cuáles, como en su mayor parte están contruídos sin muretes ni soleras, permiten infeccionar como suma facilidad el subsuelo y producir malestar por todas partes”. La segunda causa, a su modo de entender, es lo inadecuado de que esta red finalice con los desagües en el puerto, ya que convierten la ensenada naval en un foco de infección, cual laguna Estigia.

Consciente de esta insana situación afirma que “El saneamiento de los pueblos y viviendas, (...) con la aplicación en la práctica de los preceptos científicos que la higiene proclama, (...) proporciona á sus habitantes gran suma de bienes”. Se trata, pues, de conseguir una nueva atmósfera para la ciudad en la que primen la “pureza del terreno, del aire y del agua”. Para alcanzar esta meta es necesaria la “buena evacuación y desinfección y buenas aguas”, por lo que propone una “reforma sanitaria” que se debe practicar “en el subsuelo, en los focos de infección, en las barriadas condensadas y en las viviendas insalubres”. Las medidas a tomar tienen dos frentes de actuación: uno a nivel de viales y de infraestructuras, y otro a nivel urbano y de edificaciones. Para la mejora de las infraestructuras apunta los siguientes aspectos: 1º) el drenaje del terreno para que quede libre de las aguas inferiores, 2º) la pavimentación de las calles con materiales resistentes (vías metálicas y el adoquinado de pórfido), 3º) la construcción de una red de alcantarillas, con buenos materiales y rasantes adecuadas, que recoja tanto las aguas sucias como las pluviales (y las torrenciales); simultáneamente se suprimirían los pozos ciegos o absorbentes, 4º) la garantía de contar con abundante dotación de agua potable para cubrir las necesidades públicas y domésticas, y cuyo remanente circule por la red de saneamiento para su limpieza, y 5º) la limpieza de la vía pública y la recogida de las basuras, así como su eliminación, si fuera necesario, por cremación “en hornos especiales contruídos *ad hoc*”, y reciclar estos residuos. Para la mejora de la trama urbana señala la conveniencia de: 1º) la demolición inmediata de muchos predios en la zona alta, 2º) el establecimiento de grandes plazas, jardines y paseos, 3º) el ensanche de calles y trazado de plazas, 4º) la construcción de viviendas en las que penetre el aire y el sol, que sean higiénicas, y 5º) que éstas cuenten con una dotación suficiente de agua y con sifones hidráulicos.

Este sería el listado de actuaciones que habría que acometer para lograr una ciudad higiénica, para conseguir que ésta sea “de más *sana*, (...) más *culta*”. Aquí radica su idea de progreso, de modernidad: la cultura de una sociedad se mide por su grado de bienestar sanitario. Y el pilar sobre el que se sustenta la calidad de vida es el agua, algo que Alicante había conseguido garantizar a finales del siglo XIX con la traída de las aguas artesianas de Sax, conducidas hasta los depósitos del monte Tossal, con caudal abundante. Porque también es el agua el alimento para regar los campos de los alrededores con el fin de transformarlos “en deliciosos jardines cubiertos (...) de bellísimas flores” de manera que sus aromas, mezclados con el ambiente salitroso, creen “una atmósfera sana y pura”. Quizás por ello convenga que los pulmones de una ciudad son sus plazas y paseos arbolados. Y en esta línea estarían las reformas del Paseo de La Reina (la Rambla) y del Paseo de Los Mártires (Explanada), así como la prolongación de este último dando lugar al actual Parque de Canalejas. Pero si éstas son sus propuestas tangibles, más interesantes serían las teóricas, en las que pide para estas zonas una atención especial: con mobiliario urbano, alumbrado eléctrico y mayor plantación de arbolado, ya que, con el tiempo, procedería prolongar la Explanada hasta alcanzar la Estación de Murcia y conectarla con el parque que propone que se realice desde aquí hasta el barrio de Benalúa; una extensión que aún hoy está pendiente de planeamiento.

Pero no es ésta la única zona verde en la que piensa el autor. La ciudad militar no había permitido la existencia de estos espacios libres y abiertos, sus plazas y paseos eran acontecimientos urbanos más representativos que propios del esparcimiento y el ocio, y no sólo en Alicante, sino en casi todas las ciudades del mundo occidental. Sería en el Reino Unido donde primero entenderían la conveniencia de que la plaza urbana superase su condición de mero vaciado de la trama con efectos perspectivos con la posibilidad de que ésta se convirtiera en un extenso trozo de naturaleza dentro de la ciudad. Pero estas ideas no tendrían inmediata cabida en Alicante, aquí lo primero que se ejecutó fue un paseo extramuros, una variante afrancesada, más geométrica y ordenada, a modo de alameda de jardines palaciegos: Campoamor. “Este es el nombre que el agradecido pueblo de Alicante dio al paseo que hasta 1849 se llamó de *Capuchinos*”. Respecto del mismo señalaba que su ubicación era idónea puesto que presentaba las mejores condiciones climatológicas debido a su cota y orientación, y que además ya no quedaba tan lejos de la ciudad edificada: los tranvías lo acercaban, como también lo acercaban los inmuebles de sus inmediaciones. El lugar ya se había convertido en una zona de ocio y recreo como lo demostraba el que en las inmediaciones hubiese pequeños hoteles.

Sin embargo, Alicante seguía careciendo de un verdadero “Parque”. Y a la ciudad no le faltaban condiciones: las faldas del Tossal y del Benacantil eran accidentes geográficos ideales para albergar bosques; éstos parajes debían aprovecharse en este sentido, propuesta que ya había formulado en el folleto *Reformas en Alicante para el siglo XX*. Entre las múltiples razones que argumentaba en defensa de esta idea estaba el hecho de que los árboles “detendrían y disminuirían los perjuicios y molestias que producen, (...), las aguas torrenciales y los arrastres conducidos por éstas”, recordando que, en 1898, ya se había ejecutado una plantación de pinos en una pequeña parcela de terreno en las faldas del Benacantil. Ahora bien, la cosa no se quedaba ahí, por lo que instaba al Ayuntamiento a solicitar la cesión al Estado de este monte en toda su extensión y a comprar el

Tossal a sus propietarios, a fin de destinarlos, exclusivamente, a la plantación de arbolado. Ambas metas no se alcanzarían hasta los años 30 del siglo XX.

Es evidente que el autor mira la ciudad bajo el prisma de la ideología higienista, ésta debe ser objeto de una seria reforma sanitaria. El objetivo último: conseguir una atmósfera limpia, un ambiente que incluye el subsuelo, el agua y el aire que envuelven la urbe, y para que esta atmósfera se mantenga en las condiciones debidas, la ciudad contará con paseos y jardines y se rodeará de bosques. Tampoco nos extraña esta postura del arquitecto, porque ya antes de que escribiera esta trilogía de propuestas urbanas, José Guardiola había compartido la autoría del libro “*Memoria Higiénica de Alicante*” (1894) con Esteban Sánchez Santana, médico. Pero, a su juicio, no se podría garantizar una atmósfera limpia de agentes infecciosos sino se acometía la reforma en profundidad de las redes de aguas potables y de aguas sucias, para las que estableció la comparación anatómica u orgánica: estas redes eran a la ciudad lo mismo que el sistema circulatorio sanguíneo (arterial y venoso) lo eran al cuerpo humano: uno conducía los fluidos necesarios para la vida, los otros transportaban las sustancias desechadas tras la acción nutritiva. Y las mejoras de estas infraestructuras se plantearon como una cruzada frente a las infecciones. Sólo saliendo triunfantes de este desenlace bélico podría la sociedad alargar “la vida ó por lo menos hacerla más soportable y grata”.

2.4.- La revolución social o el paternalismo del socialismo utópico

José Guardiola, más preocupado por los aspectos funcionales que por el ornato de la arquitectura, parece que le interesaba más la ciudad que sus edificios, las condiciones urbanísticas que ésta reunía antes que la imagen concreta o estilística de sus construcciones. De aquí su obsesión por mejorar las condiciones de vida urbana, objetivo que repercute de modo inmediato en los ciudadanos. La vecindad se había duplicado dos veces y media en tan sólo medio siglo: de 1850 a 1900 la población había pasado de 20.000 a 50.000 habitantes. Este incremento demográfico tenía su soporte, no sólo en el aumento de la población nativa, sino en la recepción de población inmigrante que llegaba a la ciudad como mano de obra para las factorías que se estaban instalando desde mediados de siglo y para atender el creciente tráfico de mercancías, ya que Alicante comenzaba a ser un centro comercial relevante gracias al puerto, declarado de “interés general” (1855), y al tendido de las vías férreas a Madrid (1858) y Murcia (1886). La mayor parte de esta población pertenecía a la clase obrera, eran trabajadores a jornal.

Todas estas gentes requerían alojamiento. Y si sus condiciones de trabajo, como en casi todas partes, eran pésimas (sin limitación de días ni horarios, sin continuidad en el empleo y sin cobertura social que les protegiese de las enfermedades), tanto o más lo eran los techados, por llamarlos de algún modo, que se veían obligados a ocupar. Estas gentes son objeto de especial reverencia por parte del autor del libro: una idolatría paternalista. El arquitecto echa una mirada generosa desde las alturas hacia las clases más bajas, para reclamar para ellos unas condiciones mínimamente dignas de alojamiento y educación. Y así, en cierto tono sarcástico se refiere a aquellas viviendas que, de un modo espontáneo, sin permisos ni licencias de obras, se construyen en las partes más altas de los barrios históricos, bajo la mirada perdida de los celadores de policía urbana. Este tono se eleva al de denuncia al verificar que “Cierta es, por desgracia, que los abusos cuando se trata de la construcción de viviendas, y especialmente las destinadas á la clase proletaria y á la poco acomodada, han echado profundas raíces en nuestra ciudad”.

Para corroborar estos extremos propone que se efectúe una visita al barrio de San Antón, en donde “las viviendas raquíticas é insalubres esparcidas por la ciudad y otras barriadas, no eran bastantes en número para que al presente se construyeran otras más económicas, pero de peor especie y más detestables”. También señala las faldas del monte Tossal como el lugar de Alicante donde se está llevando a cabo “una imitación (o lo que fuere) de aquellos pueblos fabulosos de la Etiopía, pertenecientes al Africa Oriental (...) en los que, porque habitaron sus naturales en cavernas, grutas y cuevas subterráneas, por etimología se les dio el nombre de *Trogoditas*”, poniendo de manifiesto que estos alojamientos probablemente no alcanzasen la categoría de viviendas. Este discurso lo culmina al ironizar sobre la posibilidad de exportar este económico sistema de ejecución y modelo urbanístico a las faldas del Benacantil. Y concluye: “¿No es un sarcasmo que en pleno siglo XX se consienta que muchos de nuestros semejantes moren no ya como salvajes, sino como irracionales?”.

¿Cuáles son las razones por las que estas construcciones no son merecedoras de sus ocupantes? Se trata de viviendas pequeñas donde se amontonan las personas, que apenas cuentan con huecos de ventilación o patios de iluminación, donde “la inmensa mayoría de los desagües de los retretes, carecen en su extremo inferior y en el superior de sifón hidráulico”, si es que llegan a contar con estos aparatos. En realidad, se trata de

“pocilgas que son una afrenta para la higiene y un castigo sin culpa para los humildes, para la clase proletaria, que son forzados a ocuparlas”, “miserables casuchas, carentes en absoluto de condiciones de habitabilidad, pero útiles al parecer, según ellos, para seguir explotando á la clase proletaria, cobrándoles los alquileres á diario”. Son críticas severas a la extorsión económica a que se somete a los trabajadores y a las condiciones sanitarias de esas “pocilgas” en las que se les obliga a vivir, porque la municipalidad no garantiza alternativas y, por no ofrecer, ni siquiera vela por la adecuada policía urbana, pues bajo su consentimiento se siguen construyendo estos habitáculos más propios de animales que de humanos. Y esta visión es una óptica socialista, donde subyace una preocupación por la vorágine a donde intuía el autor que podía conducir esta incipiente sociedad de consumo, producto de la Revolución Industrial, que sobrexplotaba a los trabajadores.

Sin embargo, José Guardiola encuentra remedio a estos males. Una solución en tres niveles. En un primer estadio recomienda se elabore un “Reglamento especial que, unido á las Ordenanzas Municipales, formen el Código local que obligue á los propietarios de las fincas sin atenuantes ni blanduras de ningún género por parte del Ayuntamiento, al cumplimiento estricto de lo que en uno y otro se establezcan”. A saber: el número de retretes por vivienda en función de sus dimensiones, su posición, la dimensión de los desagües y tuberías, los sifones, el agua necesaria, la ventilación y las condiciones de las viviendas. Con todo ello se pretende “la completa incomunicación entre la atmósfera de la vivienda y la de la alcantarilla” como medida para que las pocilgas alcancen el estatus de vivienda. En un segundo escalón señala que “sería suficiente (...) que mucho de lo existente se demoliera, dando con ello cumplida satisfacción á la moral, una muestra de celo y de entusiasmo por la higiene, y por consiguiente, para beneficiar á la clase proletaria”, es decir: que se proceda a la demolición de todos los predios insalubres y antihigiénicos. Por último, en un tercer nivel, recomienda se elijan adecuadamente nuevas zonas para la expansión de la ciudad, en un momento en que el Plan de Ensanche ya está aprobado y parece que no cumplirá sus objetivos ni solucionará el problema del alojamiento obrero.

Para este futurible barrio elige las “llanuras extensas como la del *Bon Repós*, de excelentes condiciones higiénicas por su situación y altura sobre el mar”, resguardadas del “Norte por el *Garbinet*”, como el lugar “á propósito para la edificación y trazado de jardines de recreo”. Esta zona es: “De tierras inmejorables, de perspectiva deliciosa, facilidades para el riego y para el desagüe de toda clase”, por lo que debiera ser en el porvenir “una de las más atractivas y gratas de Alicante”, a lo que ayudarían los medios de locomoción cada vez más cómodos y más rápidos. Y aún concreta más: esta “planicie tan hermosa, debiera ser destinada parte de ella en primer término al emplazamiento de un barrio lineal con anchas calles y alamedas, dedicado principalmente á sustituir los de Santa Cruz, parte de los de San Roque, Carmen, Villavieja y de San Antón, formados como se sabe de raquítics y miserables viviendas” donde conviene que entre “la piqueta demoledora anunciadora de la higiene”. Sólo de esta manera se solventaría el problema del alojamiento de la clase proletaria, en economía e higiene, objetivo que se alcanzaría si el Ayuntamiento enarbolase una bandera en la que como emblema apareciesen escritas con letras de oro las palabras “*Caridad, Higiene, Fraternidad*”.

2.5.- La revolución tecnológica o la garantía de progreso

Para todos los grandes problemas detectados el autor ha sabido encontrar respuesta. Frente a las caducas estructuras de fortificación propone, tras su eliminación, planes de ensanche sobre los terrenos vírgenes y rectificación de alineaciones sobre los suelos consolidados; ambas actuaciones debían ser precedidas por la elaboración de un levantamiento planimétrico y en sus previsiones se debían atender las redes de infraestructuras. Para acometer la reforma sanitaria, con el fin de conseguir una atmósfera saludable, se debía sustituir la red de alcantarillado y crear una red de parques y zonas verdes; propuestas que exigían soluciones técnicas que garantizasen la estanqueidad y cierto montante de inversión económica. Por último, para mejorar el alojamiento de la clase proletaria, estimaba necesario la demolición de las construcciones insalubres, la elaboración de un reglamento de policía urbanística y la proyección de nuevos barrios más allá de los límites del Plan de Ensanche. Todas las soluciones tienen una base científica y una componente tecnológica, la de su ejecución. Y es que el siglo XIX se caracterizaría, más que por los avances científicos, por la aplicación de estos descubrimientos a la realidad: por el desarrollo tecnológico. Algo que, a finales de siglo, era muy palpable en la arquitectura y el incipiente urbanismo: las estructuras que sustentaban la primera habían cambiado su naturaleza (el hierro era el esqueleto de la construcción) y las infraestructuras que daban soporte al entramado urbano habían encontrado su razón de ser (el bienestar de una ciudad circulaba por sus tuberías, conductos, vías y cables).

José Guardiola piensa que una ciudad es tanto más culta cuanto más sana es. Y la salud de una ciudad depende directamente tanto de su trama urbana y sus espacios libres como de la calidad y servicio de sus redes de infraestructuras. A su entender, no puede haber un futuro en progreso sino se tienden y ejecutan adecuadamente, y con previsión, todas y cada una de las redes necesarias que garantizan la higiene de la ciudad, de los ciudadanos y el bienestar de ambos. Pero ¿cuáles son las infraestructuras que requieren tanta atención? Casi todas las contempladas por el autor ya han ido desfilando por este escrito, y en muy poco difieren respecto de las actuales. Para el urbanista cabe distinguir cuatro infraestructuras básicas: la red de saneamiento (o el ciclo del agua: la distribución de la potable, la recogida de las sucias y la canalización de las pluviales), la red viaria urbana (por donde circulan personas y carruajes), las redes de transporte de energía (que mejoran la productividad y el bienestar social), y las redes de comunicación y transporte (que facilitan el intercambio de personas y mercancías). Para todas estas redes encuentra una respuesta técnica que garantiza la corrección del servicio que deben prestar.

Por lo que respecta a la red de saneamiento, además de los criterios generales ya expuestos de sustitución, propone tres niveles de actuación. Un primero relativo a las conducciones del agua potable, las cuales no deben cruzarse ni interferirse con las redes de aguas sucias del tipo que sean. En un segundo nivel, y dado que la ciudad presenta graves problemas por inundación ante las lluvias torrenciales, propone que se ejecuten una serie de colectores generales que recojan estas aguas para conducir las hasta el mar, cuyo tendido debía transcurrir de modo soterrado en el interior de la ciudad. Se trataría de cuatro fosos situados en enclaves estratégicos: el arranque del Benacantil, las faldas del Tossal, el barranco de San Blas y ampliar el colector existente en la cuesta de San Vicente. No deja de ser curioso que esta previsión, tan evidente para el autor y tan sufrida por la ciudadanía, se esté ejecutando cien años después. En un tercer nivel, considera conveniente que se ordene el subsuelo de las calles para distribuir los distintos servicios urbanos: las redes de carácter higiénico (servicios del alcantarillado y de aguas potables) separadas de las demás redes energéticas. En este sentido, para la red de saneamiento, tras estudiar los distintos modelos vigentes, propone el sistema de “todo a la alcantarilla” del sistema *Waring* (que funciona por simple gravitación), aunque aquí las conducciones, en su mayoría, no resulten visitables. Además, esta propuesta era la más económica y la más efectiva como lo estaba demostrando en distintas capitales europeas (Berlín, Lisboa, Francfort) y varias españolas (Valladolid, Bilbao y Sevilla). Y que los puntos de vertido al mar de este sistema se localizaran muy lejos de la trama, allá por las playas de Babel o donde más tarde se propuso: en Agua Amarga.

Por lo que respecta a la red viaria urbana, José Guardiola señala que todas las calles deben distribuirse en “aceras, andenes y arroyo ó arrecife”, con el fin de que la circulación peatonal pueda efectuarse cómoda e independientemente de la “ecuestre y rodada”. Además, las calles deben pavimentarse, con lo que se mejora la circulación de las aguas de lluvia, y elegir adecuadamente su material, pues el tipo de juntas y el sistema de colocación dependerá de las diferentes calidades del firme *Mac-Adam*, el asfalto o el adoquinado de basalto y pórfido. Pero, a su juicio, no es suficiente con que se proceda a un correcto trazado (alineación, rasante y dimensión), ni que éste se complete con una correcta ejecución y unos buenos materiales. La razón que mejora toda inversión realizada en urbanización es su mantenimiento, algo que parece que han olvidado las autoridades municipales. Porque “así como cuida su propia persona su casa para tenerla limpia y en buen estado; así como limpia sus vestidos para conservarlos y darles más duración; así como cuida su propia persona, observando las reglas de higiene, así deben cuidarse las obras por él ejecutadas para que sean duraderas, único modo de obtener economía, buen aspecto y conservar el capital invertido”.

En cuanto a las redes de transporte energético cabe señalar, en primer lugar, que son producto del avance científico, ya que éstas no existían con anterioridad al siglo XIX, y, en segundo lugar, augura un rápido desarrollo en cuanto a implantación y mejora: cantidad y calidad. Estas redes están formadas por “los tubos conductores de gas para alumbrado, la calefacción y usos culinarios”. Son las que nos acercan las comodidades que el desarrollo tecnológico pone al alcance de la comunidad para su bienestar. Estos sistemas, José Guardiola intuye que en el futuro, gracias a los gigantescos adelantos e inventos, serían más sencillos y perfectos. De nuevo, un voto de confianza en la capacidad del hombre, una mirada hacia el mañana con esperanza bajo la bandera de la garantía del progreso técnico.

Por último, en lo que se refiere a las redes de comunicación y transporte efectúa una apuesta por los nuevos medios de locomoción. Deja claro que estas redes cuentan con tendidos que transportan la energía: “los hilos eléctricos que nos ponen en comunicación rápida con todo el mundo, nos dan luz y noticias escritas o habladas (...) é impulsan á los vehículos”, pero también requieren elementos construidos que consumen ciudad y territorio. Los innovadores sistemas de comunicación verbal (telégrafo, teléfono y radio) resultan tan recientes que el autor los mantiene en suspenso, a la espera de concretar sus necesidades espaciales. En

cuanto a los sistemas de transporte (marítimos y terrestres), mucho más adelantados, sugiere su potenciación desde la ciudad. Por ello considera el puerto, y los proyectos de reforma y ampliación, algo tan urgente como los planes de ensanche. Uno y otro son una misma cosa: no puede crecer Alicante si mantiene un puerto pequeño e inadecuado. El comercio es la base de la actividad económica ¿de qué serviría pues, implantar industrias si sus productos no pueden alcanzar los mercados donde se consumen? En consecuencia, toda la infraestructura portuaria debe ser mejorada, pero también la ferroviaria que era la que unía los muelles de carga y descarga con el interior peninsular. De este modo, José Guardiola toma nota tanto de las líneas ya en funcionamiento (Madrid y Murcia) como de las nuevas aprobadas (Alcoy y Villajoyosa), y apremia a la Administración a que vigile los plazos a las empresas concesionarias, con el fin de que éstas agilicen obras tan vitales. Todas estas líneas interurbanas tienen paradas junto al puerto, por lo que urge a que se solucionen, primero, los incipientes problemas de congestión para evitar males mayores en el futuro, segundo, se deslinde de un modo poco lesivo para la ciudad la zona de servicio del puerto, y, tercero, se mejore el aspecto de la fachada marítima de la misma, Explanada de por medio, con vías férreas y dársena portuaria. Para finalizar con este tema recuerda que estas infraestructuras también surcan la trama urbana (tranvías a Elche y Crevillente, a San Vicente y la Huerta), con sus incomodidades y sus ventajas, y para los que habría que pensar en sustituir su tracción animal por la eléctrica.

Es evidente que el autor inclina la balanza a favor de la tecnología. Gracias a ella la ciudad será más sana y más cómoda. Porque contará con un planeamiento acertado y proporcionado entre calles, avenidas, plazas y parques, habrá erradicado las pocilgas que se habrán sustituido por barrios dignos y soleados para las clases más humildes, tendrá una red de saneamiento que impedirá la propagación de infecciones y enfermedades, contará con servicios de alumbrado y otras energías, y estará comunicada entre sus extremos y con otros centros metropolitanos, tierra o mar de por medio. Y todo para conseguir una atmósfera sana y limpia, en la ciudad y en su entorno, donde la luz, el aire y el agua circulen con facilidad beneficiando a todos los habitantes, sin distinciones. Una gran dosis de paternalismo socialista, con un matiz utópico, gobernada por dos principios alienantes: la reforma sanitaria y el progreso tecnológico. Aquí radica su segunda idea de modernidad: hacia la utopía de la salud urbanística auxiliados por el desarrollo técnico.



Anteproyecto de Ensanche para Alicante, José Guardiola Picó, 1891

OTRA BIBLIOGRAFÍA CONSULTADA

- BALLESTER AÑÓN, Rosa: “Ciudades higiénicas y ciudadanos saludables: la promoción de Alicante como estación sanitaria” prólogo a: SÁNCHEZ SANTANA, Esteban, *Residencia Invernal de Alicante*, ed. Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante y Conselleria de Medio Ambiente, Alicante, facsímil 1997 (orig.: 1889)
- BEVIÀ I GARCÍA, Marius, VARELA BOTELLA, Santiago, *Alicante: Ciudad y Arquitectura*, ed. Fundación Cultural CAM (Caja de Ahorros del Mediterráneo), Alicante, 1994
- CALDUCH CERVERA, Juan, *La Ciudad Nueva. La construcción de la ciudad de Alacant en la primera mitad del siglo XIX*, ed. Patronato Municipal del V Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante, 1990
- CALDUCH CERVERA, Joan, VARELA BOTELLA, Santiago, *Guía de Arquitectura de Alacant*, ed.: Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia, Delegación de Alicante, Alicante, 1979
- COMISIÓN ARCHIVO HISTÓRICO, *Guía de Arquitectos*, ed. Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia, Delegación de Alicante, Alicante, 1983
- ESPÍ VALDÉS, Adrián: “Las artes plásticas durante el siglo XX” en: MORENO SÁEZ; Francisco (dir.): *Historia de Alicante II*, ed. Patronato Municipal del V Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante, 1990
- GIMÉNEZ GARCÍA, Efigenio, GINER ÁLVAREZ, Jaume, VARELA BOTELLA, Santiago, *Sobre la ciudad dibujada de Alicante. Del plano geométrico al plan general de 1970*, ed.: Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia, Delegación de Alicante, Alicante, 1985
- GUARDIOLA PICÓ, José, *Reformas en Alicante para el siglo XX*, imp. J. J. Carratalá, Alicante, 1895
 - *Alicante en el siglo venidero*, imp. Hermanos Galdó Chápuli, Alicante, 1897
 - *Reformas en Alicante para el siglo XX. Tercera Parte*, imp. Luis Esplá
- GUTIÉRREZ LLORET, Rosa Ana: “La época de la Restauración” en: MORENO SÁEZ; Francisco (dir.): *Historia de Alicante II*, ed. Patronato Municipal del V Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante, 1990
- LOUIS CERECEDA, Miguel: “Desarrollo urbano y arquitectura en la segunda mitad del siglo XIX” prólogo a: SÁNCHEZ SANTANA, Esteban, *Residencia Invernal de Alicante*, ed. Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante y Conselleria de Medio Ambiente, Alicante, facsímil 1997 (orig.: 1889)
- MORENO SÁEZ; Francisco (dir.): *Historia de Alicante II*, ed. Patronato Municipal del V Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante, 1990
- OLCINA CANTOS, Jorge: “Clima y Ciudad: del higienismo al medioambientalismo urbano”, prólogo a: SÁNCHEZ SANTANA, Esteban, *Residencia Invernal de Alicante*, ed. Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante y Conselleria de Medio Ambiente, Alicante, facsímil 1997 (orig.: 1889)
- RAMOS HIDALGO, Antonio, *Evolución Urbana de Alicante*, ed. Instituto Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante, Alicante, 1984
- ROSSER LIMIÑANA, Pablo, *Origen y evolución de las murallas de Alicante*, ed. Patronato Municipal del V Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante, 1990
- SÁNCHEZ SANTANA, Esteban, *Residencia Invernal de Alicante*, ed. Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante y Conselleria de Medio Ambiente, Alicante, facsímil 1997 (orig.: 1889)
- SÁNCHEZ RECIO, Glicerio: “La ciudad entre 1800 y 1860” en: MORENO SÁEZ; Francisco (dir.): *Historia de Alicante II*, ed. Patronato Municipal del V Centenario de la Ciudad de Alicante, Alicante, 1990
- VARELA BOTELLA, Santiago: “La obra urbanística de José Guardiola Picó”, *Rev. INSTITUTO DE ESTUDIOS ALICANTINOS*, n° 29, II época, ene-abr 1980, Alicante
 - “La obra arquitectónica de José Guardiola Picó”, *Rev. INSTITUTO DE ESTUDIOS ALICANTINOS*, n° 30, II época, may-ago 1980, Alicante
 - *Guía de Arquitectura de Alacant (2º tomo)*, ed. Colegio Oficial de Arquitectos de Valencia, Delegación de Alicante, Alicante, 1980
 - *Arquitecturas en la provincia de Alicante*, ed. Instituto Juan Gil-Albert, Diputación Provincial de Alicante, Alicante, 1986
- VERA REBOLLO, J. Fernando: “El turismo de invierno a través de la obra de Sánchez Santana” prólogo a: SÁNCHEZ SANTANA, Esteban, *Residencia Invernal de Alicante*, ed. Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante y Conselleria de Medio Ambiente, Alicante, facsímil 1997 (orig.: 1889)

REFORMAS EN ALICANTE PARA EL SIGLO XX

TERCERA PARTE

DESCRIPCIÓN DE LA CIUDAD POR ZONAS

Su crecimiento, desarrollo y defectos de que adolece
Obras que se necesitan realizar para su higienización

Por

JOSÉ GUARDIOLA PICÓ

Arquitecto de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando

Académico corresponsal de la misma

*Arquitecto de la Diócesis de Orihuela y del Excelentísimo Ayuntamiento
de dicha ciudad*

Arquitecto titular jubilado del de Alicante, etc., etc.

Con estudio preliminar a cargo de José M^o. Perea Soro,

Andrés Martínez Medina, J. Fernando Vera Rebollo,

Jorge Olcina Cantos, Arturo Jiménez Rodríguez y Alfredo Morales Gil

ALICANTE

Imprenta de Luis Esplá
Sucesor de Juan José Carratalá

1909

Esta edición facsímil, cuyo original se publicó en Alicante en 1909, ha sido promovida por:



COEPA quiere hacer constar su agradecimiento a la Caja de Ahorros del Mediterráneo, en la persona de D. Francisco Monllor, por la cesión de los originales que han sido empleados para realizar esta edición facsímil.

La ilustración de portada y de las guardas ha sido tomada del libro "LA MEMORIA COLECTIVA RETRATOS DE UNA CIUDAD". Editado por la Caja de Ahorros Provincial de Alicante.

® Confederación Empresarial de la Provincia de Alicante

ISBN: 84-922928-3-0
Depósito Legal: A-674-1999

Impreso en Gráficas Vidal Leuka, S. L.
San Vicente del Raspeig

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna o por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico de grabación o fotocopia, sin permiso previo del editor.

ESTUDIO PRELIMINAR

SUMARIO

- 1.- Guardiola Picó y su obra en Alicante, a finales del siglo XIX
- 2.- El pensamiento de José Guardiola ante las reformas necesarias en la estructura urbana para el siglo XX
 - El fin de una trilogía crítica
 - La revolución sanitaria o la memoria de las condiciones higiénicas
 - La revolución social o el paternalismo del socialismo utópico
 - La revolución tecnológica o la garantía de progreso
- 3.- El paisaje urbano en la obra de Guardiola Picó: la configuración de la fachada marítima
 - La ciudad conquista los terrenos colindantes con el puerto.
 - Algunas reflexiones finales
- 4.- Un siglo de reformas ambientales en la ciudad de Alicante
 - Aguas circulantes y potables
 - Calidad del aire
 - Residuos urbanos
 - Parques urbanos
 - Alicante necesita un proyecto ambiental. Algunas propuestas
- 5.- José Guardiola Picó, arquitecto higienista

2.- EL PENSAMIENTO DE JOSÉ GUARDIOLA ANTE LAS REFORMAS NECESARIAS EN LA ESTRUCTURA URBANA PARA EL SIGLO XX

ANDRÉS MARTÍNEZ MEDINA

Departamento de Expresión Gráfica y Cartografía.
Universidad de Alicante

El fin de una trilogía crítica

Este libro se imprimió en 1908, aún no hace un siglo. Un año después moría su autor, José Guardiola Picó (1836-1909), arquitecto, urbanista y crítico de las disciplinas profesionales que ejerció a lo largo de su vida en la ciudad de Alicante y, también, en la accidentada geografía provincial. El grueso del discurso había sido escrito mientras era arquitecto municipal de la ciudad, puesto que se concluyó “*en las postrimerías del año 1900*”. Sin embargo aún tardaría ocho años en editarse, por lo que el autor añadió una serie de anexos que pretendían actualizar y matizar ciertas opiniones en él vertidas, ya que algunas de sus quejas habían sido atendidas en la década que transcurre entre el fin de la actividad literaria y el momento de la publicación del trabajo crítico. En este epílogo hace constar “*las obras de urbanización, los proyectos de mejora y de reformas presentados y los ejecutados*”. Pero este libro no es un hecho aislado en su carrera, en realidad se redacta como la tercera parte de una trilogía que llevaría por título “*Reformas en Alicante para el siglo XX*”. La primera de estas publicaciones salió en 1895 con este título; la segunda se denominaba “*Alicante en el siglo venidero*” y fue impresa en 1897. La última retomaba el encabezamiento inicial con un subtítulo aclarativo: “*Tercera Parte*”, la presente.

El contenido del libro no encaja con precisión con el título del mismo. Éste parece anunciar un listado de propuestas de carácter urbanístico y las mejoras necesarias en la ciudad para adelantarse al futuro que se avecinaba y se intuía en expansión. Pero no es exactamente así. Para conocer las propuestas concretas sobre los trazados urbanos, los planes de ensanche, las reformas interiores o los equipamientos necesarios que pudo proyectar o prever el arquitecto habría que recurrir a un seguimiento de su obra gráfica y a sus anteriores publicaciones, ya que este libro, en realidad, es algo más que el diseño concreto de soluciones a los problemas urbanos. El texto se estructura como un amplio y exhaustivo estudio de las condiciones higiénico-sanitarias de la ciudad, más en concreto de su red de saneamiento, aten-

diendo a las dos vertientes básicas de esta infraestructura, aguas sucias y aguas pluviales. Este estudio se complementa con una minuciosa investigación sobre la hipotética conformación de la ciudad desde sus primeros pobladores, allá por el medievo, hasta los días de su propia existencia, y se completa con un análisis pormenorizado del estado de las conducciones de recogida de aguas, cuando éstas existen. Por fin el texto se rellena, de modo salpicado en los diferentes capítulos y de modo continuo en el apéndice final, con una serie de recetas y soluciones a problemas urbanísticos tangibles o que el autor, desde su experiencia de 25 años como técnico municipal, es capaz de anticipar.

Para entender el discurso crítico y las propuestas urbanísticas resulta conveniente tener conocimiento de dos cuestiones básicas: el estado físico de la ciudad de Alicante a finales del siglo XIX y la ideología que domina en las clases intelectuales de estas décadas. La descripción detallada de la trama, al margen de poder contar con distintas planimetrías recogidas en otras publicaciones especializadas, la facilita el autor en el propio libro. El pensamiento, y las claves que rigen sus razonamientos, también se enumeran en el mismo, si bien no de una manera inmediata. José Guardiola vive en una sociedad inmersa en grandes transformaciones el origen de las cuales arranca con la "*Revolución Industrial*", la cual llega a España, procedente de los países europeos, con el inevitable retraso, y a las capitales de provincia con mayor demora si cabe. Claro que el Estado español había estado inmerso, a lo largo de toda la centuria, en una inacabable guerra civil más o menos encubierta: la actividad bélica impidió o retardó los procesos de industrialización de las ciudades, y las implicaciones que éstos acarrearban. Porque fueron cuatro las revoluciones acaecidas en nuestros pueblos y ciudades tras el detonante que supuso el invento de la máquina de vapor. La Revolución Industrial era algo más que el cambio en los sistemas de producción, en las condiciones de los mercados y en las nuevas relaciones del capital. Sus implicaciones significaban una primera revolución en lo urbanístico (de cómo iban a entenderse en adelante las ciudades), una segunda en lo sanitario (como consecuencia de los avances médicos y científicos), una tercera en lo social (porque las clases más desfavorecidas aumentaban en número y desatenciones), y una cuarta en lo tecnológico (porque la gran cantidad de inventos dibujaban a la técnica como la panacea a los problemas de la humanidad). Y de todas y cada una de estas revoluciones, que afectaban a la ciudad y a sus moradores, era perfectamente consciente José Guardiola, de que el futuro sólo sería mejor, en lo urbano, cuando se diera adecuada respuesta a cada uno de los retos que estas transformaciones estaban suponiendo.

La revolución urbanística o la obsolescencia de la estrategia militar

“Ayer los pueblos buscaban el amparo de las fortalezas para librarse de los ataques del enemigo, hoy huyen de ellas para no sufrir los estragos que con otras formas lo verifican. ¡Benditas sean, pues, la ciencia y el arte que con la aplicación de sus sabias reglas han producido tan hermosa transformación!”. De este modo se refería el arquitecto al fin de una era para las ciudades y anunciaba el nacimiento de otra. Alicante había dejado de ser “Plaza Fuerte” en 1858, dándose vía libre al derribo de las murallas. Los últimos intentos para volver a construir defensas militares se remontan a 1875, pero nunca se llevaron a cabo; dos años antes el mismo José Guardiola redactaría el primer Anteproyecto de Ensanche conocido. En el periodo que va desde la redacción del proyecto de fortificación citado al año en que se culmina inicialmente este libro, transcurren 25 años en los que se procede a la demolición paulatina de todo tipo de paramentos que delimitaban la ciudad. Este proceso fue paralelo a la redacción de los planes para el barrio de Benalúa y del Ensanche de la ciudad.

Estos hechos se repiten por toda la provincia. Denia y Jávea habían comenzado las demoliciones hacia 1873, Pego, Teulada y Altea también lo harían, otras muchas poblaciones (Alcoy, Elche, Concentaina) seguirían este camino sin retorno. Esta opción se había iniciado en París cien años antes y, paulatinamente, se había extendido por las grandes capitales europeas para alcanzar España de un modo tardío, justificado por la inestabilidad político-militar. Con el tiempo, algunas villas se arrepentirían de que esta fiebre destructora borrara estos testigos de la historia sin dejar apenas rastro. A finales del siglo XIX nadie, en esta sociedad occidental, daba valor alguno a estos cinturones defensivos. Y es que el derribo de los recintos amurallados fue simultáneo al abandono de las fortalezas por parte de las guarniciones, porque además de la opresión que suponía su presencia eran un símbolo del Antiguo Régimen. Decididamente la ciudad, con sus ansias de expansión y crecimiento, había vencido a la caduca estrategia de atrincherarse sobre sí misma, enrocando su futuro. Como diría Joan Calduch: “*la obsolescencia de la ciudad militar concebida como un todo, tal y como se había entendido hasta principios del siglo XIX, hará que pierda su papel protagonista como elemento configurador de la imagen de la ciudad*”, incluso antes de que se dibujara el Plan de Ensanche. Y en todo este proceso mucho tuvo que ver la figura de nuestro protagonista.

José Guardiola fue arquitecto municipal en el periodo de 1865 hasta 1905, en una trayectoria no continua, cargo en el que se alternó con José González Altés. Desde este puesto, y también desde el ejercicio libre de la

profesión, su preocupación por el planeamiento urbanístico es patente. No se debe olvidar que fue el artífice de numerosas reformas de alineaciones sobre la trama histórica, el autor del plan para el barrio de Benalúa (1883-84) y que redactaría sucesivos documentos gráficos para el Plan de Ensanche (1873, 1881 y 1888). De hecho, el Ministerio de Fomento aprobaría en 1890 su Plan, documento que dos años después sería rectificado por José González. Pero, a lo largo del libro, el autor no se explaya en las hipotéticas soluciones de diseño urbano, ni en las propuestas que él ha podido dibujar a lo largo de su vida, más bien efectúa una crítica minuciosa de los males urbanísticos que aquejan a la ciudad, para después sentar las bases científicas del instrumental y las operaciones necesarias para atajar los problemas: no da recetas inmediatas sino que sienta las bases de la ideología a que deben atenerse las reformas que se planteen.

Con este fin distingue la ciudad consolidada (interior al perímetro de la muralla) de los barrios, suburbios o arrabales (exteriores a dicho recinto). A su juicio, estos últimos presentan los mismos problemas que la propia ciudad: densidad de población y de edificación, sólo que agravados, ya que su situación, trazado urbano y condiciones de rasantes obedecen casi al libre albedrío, y en donde la policía urbana, por parte municipal, ha pecado de mayor desidia, quizás, por considerar estos barrios "*asuntos baladís y sin importancia para la higiene y armonía*". Para justificar esta triste realidad, el arquitecto nos invita a participar en dos recorridos. Uno primero relativo a cómo debió ser antaño el relieve natural de los terrenos ocupados por el Alicante de fin de siglo, en una reconstrucción histórica de los sucesivos procesos de urbanización, un *tour* literario de indudable interés, muy especialmente en el terreno geográfico y toponímico. Un segundo, detallista, en el que se enumeran todas y cada una de las deficiencias urbanísticas, para lo cual divide la trama edificada en una serie de sectores: el Benacantil (con sus zonas alta, intermedia, la que bañó el mar y el Arrabal Roig), la zona central, el barrio Nuevo y la zona baja (con el barrio de San Francisco y el extremo del baluarte de San Carlos). Al final del paseo demuestra que la causa de todos los males urbanos es la falta de condiciones del sistema de alcantarillado, cuyo correcto discurrir debía ser paralelo a los ejes de las vías públicas, máxima que no se cumplía ni se podía cumplir porque la mayoría de las calles tenían un trazado inadecuado. Por ello concluye que es condición necesaria, como base para cualquier actuación futura, tanto en la trama consolidada como en la susceptible de ser edificada, la confección del "*levantamiento de un plano general de rasantes que comprenda el casco urbano antiguo y el de todos los alrededores, que es la base fundamental e in-*

dispensable para facilitar el estudio del establecimiento de una red de alcantarillado y los desagües de las avenidas”.

El autor del libro es arquitecto y ejerce de urbanista desde esta condición. Como tal asume que el conjunto de defensas suponen un corsé para la ciudad, pues le impiden conseguir una trama urbana saneada y clara. Por ello para la parte ya construida sólo encuentra solución en el recurso a las reformas interiores, tan costosas y dolorosas. Este sentido recuerda lo conflictivo de la apertura de la avenida de D. José Zorrilla (actual Constitución), la prolongación de las calles de San Fernando y de Gerona (entre Castaños y Bailén), o lo sucedido en la plaza del Abad Penalva. Pero también tiene muy claro que para los terrenos sobre los que se expanda la ciudad, allende las murallas, donde se extiendan los futuros barrios, su referente es Idelfonso Cerdá. Y, siendo consecuente, no tiene otra alternativa que sentenciar que cualquier intervención debe ser precedida por *“un plan debidamente preconcebido, como debe ser de rigor”*. Y este principio técnico de actuación resulta de aplicación tanto a lo viejo como a lo nuevo, a la ciudad existente como a la que estaba por venir, toda vez que el precinto de las estratégicas murallas había sido reventado. José Guardiola veía las reformas necesarias como una batalla en la que sólo cabía *“alcanzar una completa victoria”*. El enemigo ya no estaba fuera, estaba dentro. Las guerras militares habían terminado, si acaso, ahora, quedaban pendientes las bacteriológicas, contra los microorganismos.

La revolución sanitaria o la memoria de las condiciones higiénicas

En paralelo con la Revolución Industrial estaba teniendo lugar una revolución científica, muy en particular en el mundo de la medicina. Ésta estaba en auge, y no sin razón: se verificaba que muchas de las enfermedades, cuando no todas, tenían su origen en la presencia de microscópicos seres vivos que producían el contagio y el foco de infección. Estos hallazgos pronto encontraron su repercusión en la disciplina de la urbanística. Una de las facetas que caracteriza a la arquitectura del siglo XIX, al margen de otros debates, es su preocupación por los temas sanitarios. Todas aquellas edificaciones que pudieran convertirse en hipotéticos focos de infección fueron repensados tipológicamente y resituados en las ciudades. Los cementerios abandonaron su sacrosanto lugar junto a las iglesias y se desplazaron al exterior de los recintos fortificados. Los mataderos y los mercados de abastecimiento fueron definidos ahora, los primeros a ser posible cerca de desagües (naturales o artificiales), los segundos de modo exento, más diáfanos y amplios, sin contacto directo con los inmuebles residenciales; ambos de-

bían ser sometidos a continuos procesos de limpieza. Los hospitales se habían convertido en focos de infección, por eso se aconsejaba emplazarlos en lugares altos, bien aireados, rodeados de vegetación. Y así podríamos continuar con cárceles, asilos, acuartelamientos y un largo sinfín de edificaciones públicas. No es ajena Alicante a esta fiebre pro-salud; demasiado recientes tenía las epidemias de fiebre amarilla (1804 y 1870) y del cólera morbo (1834, 1854, 1859, 1865 y 1885), y ya había trasladado el cementerio fuera de las murallas, a San Blas (1805). Como tampoco es ajena la actividad del arquitecto que, en su dilatada trayectoria, proyectó los mercados de la actual plaza Nueva y de la plaza de Balmes, los asilos de Nuestra Señora del Remedio, de las Hermanitas de los Pobres y de la Oblatas, el hospital del Niño Jesús y reformó el Matadero Municipal.

José Guardiola está imbuido por estas corrientes higienistas, como lo prueba el hecho de recoger en su libro las ideas generales más sobresalientes que los especialistas aconsejan *"en congresos y conferencias, en revistas y diarios"*. De hecho, ya se ha apuntado que para el autor la primera causa de todos los males urbanos es la falta de condiciones del sistema de alcantarillado, red que no sirve porque: obedece a un trazado incorrecto, la mayoría de sus tramos no son registrables, éstos no son impermeables (dejando escapar las inmundicias y los olores) con sus consecuencias tanto en el subsuelo (bajo rasante) como por encima del suelo (sobre rasante). Esta situación se agrava por la presencia de pozos negros, de los que afirma *"que en la población hay abundancia, no sólo en el interior de los edificios, sino también en la vía pública, con perjuicio evidente para la salud, los cuáles, como en su mayor parte están contruídos sin muretes ni soleras, permiten infeccionar como suma facilidad el subsuelo y producir malestar por todas partes"*. La segunda causa, a su modo de entender, es lo inadecuado de que esta red finalice con los desagües en el puerto, ya que convierten la ensenada naval en un foco de infección, cual laguna Estigia.

Consciente de esta insana situación afirma que *"El saneamiento de los pueblos y viviendas, (...) con la aplicación en la práctica de los preceptos científicos que la higiene proclama, (...) proporciona á sus habitantes gran suma de bienes"*. Se trata, pues, de conseguir una nueva atmósfera para la ciudad en la que primen la *"pureza del terreno, del aire y del agua"*. Para alcanzar este meta es necesaria la *"buena evacuación y desinfección y buenas aguas"*, por lo que propone una *"reforma sanitaria"* que se debe practicar *"en el subsuelo, en los focos de infección, en las barriadas condensadas y en las viviendas insalubres"*. Las medidas a tomar tienen dos frentes de actuación: uno a nivel de viales y de infraestructuras, y otro a nivel urbano y de edificaciones. Para la mejora de las infraestructuras apunta los si-

guientes aspectos: 1º) el drenaje del terreno para que quede libre de las aguas inferiores, 2º) la pavimentación de las calles con materiales resistentes (vías metálicas y el adoquinado de pórfido), 3º) la construcción de una red de alcantarillas, con buenos materiales y rasantes adecuadas, que recoja tanto las aguas sucias como las pluviales (y las torrenciales); simultáneamente se suprimirían los pozos ciegos o absorbentes, 4º) la garantía de contar con abundante dotación de agua potable para cubrir las necesidades públicas y domésticas, y cuyo remanente circule por la red de saneamiento para su limpieza, y 5º) la limpieza de la vía pública y la recogida de las basuras, así como su eliminación, si fuera necesario, por cremación "*en hornos especiales contruídos ad hoc*", y reciclar estos residuos. Para la mejora de la trama urbana señala la conveniencia de: 1º) la demolición inmediata de muchos predios en la zona alta, 2º) el establecimiento de grandes plazas, jardines y paseos, 3º) el ensanche de calles y trazado de plazas, 4º) la construcción de viviendas en las que penetre el aire y el sol, que sean higiénicas, y 5º) que éstas cuenten con una dotación suficiente de agua y con sifones hidráulicos.

Este sería el listado de actuaciones que habría que acometer para lograr una ciudad higiénica, para conseguir que ésta sea "*de más sana, (...) más culta*". Aquí radica su idea de progreso, de modernidad: la cultura de una sociedad se mide por su grado de bienestar sanitario. Y el pilar sobre el que se sustenta la calidad de vida es el agua, algo que Alicante había conseguido garantizar a finales del siglo XIX con la traída de las aguas artesianas de Sax, conducidas hasta los depósitos del monte Tossal, con caudal abundante. Porque también es el agua el alimento para regar los campos de los alrededores con el fin de transformarlos "*en deliciosos jardines cubiertos (...) de bellísimas flores*" de manera que sus aromas, mezclados con el ambiente salitroso, creen "*una atmósfera sana y pura*". Quizás por ello convenga que los pulmones de una ciudad son sus plazas y paseos arbolados. Y en esta línea estarían las reformas del Paseo de La Reina (la Rambla) y del Paseo de Los Mártires (Explanada), así como la prolongación de este último dando lugar al actual Parque de Canalejas. Pero si éstas son sus propuestas tangibles, más interesantes serían las teóricas, en las que pide para estas zonas una atención especial: con mobiliario urbano, alumbrado eléctrico y mayor plantación de arbolado, ya que, con el tiempo, procedería prolongar la Explanada hasta alcanzar la Estación de Murcia y conectarla con el parque que propone que se realice desde aquí hasta el barrio de Benalúa; una extensión que aún hoy está pendiente de planeamiento.

Pero no es ésta la única zona verde en la que piensa el autor. La ciudad militar no había permitido la existencia de estos espacios libres y abiertos,

sus plazas y paseos eran acontecimientos urbanos más representativos que propios del esparcimiento y el ocio, y no sólo en Alicante, sino en casi todas las ciudades del mundo occidental. Sería en el Reino Unido donde primero entenderían la conveniencia de que la plaza urbana superase su condición de mero vaciado de la trama con efectos perspectivos con la posibilidad de que ésta se convirtiera en un extenso trozo de naturaleza dentro de la ciudad. Pero estas ideas no tendrían inmediata cabida en Alicante, aquí lo primero que se ejecutó fue un paseo extramuros, una variante afrancesada, más geométrica y ordenada, a modo de alameda de jardines palaciegos: Campoamor. "*Este es el nombre que el agradecido pueblo de Alicante dio al paseo que hasta 1849 se llamó de Capuchinos*". Respecto del mismo señalaba que su ubicación era idónea puesto que presentaba las mejores condiciones climatológicas debido a su cota y orientación, y que además ya no quedaba tan lejos de la ciudad edificada: los tranvías lo acercaban, como también lo acercaban los inmuebles de sus inmediaciones. El lugar ya se había convertido en una zona de ocio y recreo como lo demostraba el que en las inmediaciones hubiesen pequeños hoteles.

Sin embargo Alicante seguía careciendo de un verdadero "*Parque*". Y a la ciudad no la faltaban condiciones: las faldas del Tossal y del Benacantil eran accidentes geográficos ideales para albergar bosques; éstos parajes debían aprovecharse en este sentido, propuesta que ya había formulado en el folleto *Reformas en Alicante para el siglo XX*. Entre las múltiples razones que argumentaba en defensa de esta idea estaba el hecho de que los árboles "*detendrían y disminuirían los perjuicios y molestias que producen, (...), las aguas torrenciales y los arrastres conducidos por éstas*", recordando que, en 1898, ya se había ejecutado una plantación de pinos en una pequeña parcela de terreno en las faldas del Benacantil. Ahora bien, la cosa no se quedaba ahí, por lo que instaba al Ayuntamiento a solicitar la cesión al Estado de este monte en toda su extensión y a comprar el Tossal a sus propietarios, a fin de destinarlos, exclusivamente, a la plantación de arbolado. Ambas metas no se alcanzarían hasta los años 30 del siglo XX.

Es evidente que el autor mira la ciudad bajo el prisma de la ideología higienista, ésta debe ser objeto de una seria reforma sanitaria. El objetivo último: conseguir una atmósfera limpia, un ambiente que incluye el subsuelo, el agua y el aire que envuelven la urbe, y para que esta atmósfera se mantenga en las condiciones debidas, la ciudad contará con paseos y jardines y se rodeará de bosques. Tampoco nos extraña esta postura del arquitecto, porque ya antes de que escribiera esta trilogía de propuestas urbanas, José Guardiola había compartido la autoría del libro "*Memoria Higiénica de Alicante*" (1894) con Esteban Sánchez Santana, médico. Pero, a su juicio, no

se podría garantizar una atmósfera limpia de agentes infecciosos sino se acometía la reforma en profundidad de las redes de aguas potables y de aguas sucias, para las que estableció la comparación anatómica u orgánica: estas redes eran a la ciudad lo mismo que el sistema circulatorio sanguíneo (arterial y venoso) lo eran al cuerpo humano: uno conducía los fluidos necesarios para la vida, los otros transportaban las sustancias desechadas tras la acción nutritiva. Y las mejoras de estas infraestructuras se plantearon como una cruzada frente a las infecciones. Sólo saliendo triunfantes de este desenlace bélico podría la sociedad alargar "*la vida ó por lo menos hacerla más soportable y grata*".

La revolución social o el paternalismo del socialismo utópico

José Guardiola, más preocupado por los aspectos funcionales que por el ornato de la arquitectura, parece que le interesaba más la ciudad que sus edificios, las condiciones urbanísticas que ésta reunía antes que la imagen concreta o estilística de sus construcciones. De aquí su obsesión por mejorar las condiciones de vida urbana, objetivo que repercutió de modo inmediato en los ciudadanos. La vecindad se había duplicado dos veces y media en tan sólo medio siglo: de 1850 a 1900 la población había pasado de 20.000 a 50.000 habitantes. Este incremento demográfico tenía su soporte, no sólo en el aumento de la población nativa, sino en la recepción de población inmigrante que llegaba a la ciudad como mano de obra para las factorías que se estaban instalando desde mediados de siglo y para atender el creciente tráfico de mercancías, ya que Alicante comenzaba a ser un centro comercial relevante gracias al puerto, declarado de "*interés general*" (1855), y al tendido de las vías férreas a Madrid (1858) y Murcia (1886). La mayor parte de esta población pertenecía a la clase obrera, eran trabajadores a jornal.

Todas estas gentes requerían alojamiento. Y si sus condiciones de trabajo, como en casi todas partes, eran pésimas (sin limitación de días ni horarios, sin continuidad en el empleo y sin cobertura social que les protegiese de las enfermedades), tanto o más lo eran los techados, por llamarlos de algún modo, que se veían obligados a ocupar. Estas gentes son objeto de especial reverencia por parte del autor del libro: una idolatría paternalista. El arquitecto echa una mirada generosa desde las alturas hacia las clases más bajas, para reclamar para ellos unas condiciones mínimamente dignas de alojamiento y educación. Y así, en cierto tono sarcástico se refiere a aquellas viviendas que, de un modo espontáneo, sin permisos ni licencias de obras, se construyen en las partes más altas de los barrios históricos, bajo la

mirada perdida de los celadores de policía urbana. Este tono se eleva al de denuncia al verificar que *"Cierto es, por desgracia, que los abusos cuando se trata de la construcción de viviendas, y especialmente las destinadas á la clase proletaria y á la poco acomodada, han echado profundas raíces en nuestra ciudad"*.

Para corroborar estos extremos propone que se efectúe una visita al barrio de San Antón, en donde *"las viviendas raquíticas é insalubres esparcidas por la ciudad y otras barriadas, no eran bastantes en número para que al presente se construyeran otras más económicas, pero de peor especie y más detestables"*. También señala las faldas del monte Tossal como el lugar de Alicante donde se está llevando a cabo *"una imitación (o lo que fuere) de aquellos pueblos fabulosos de la Etiopía, pertenecientes al Africa Oriental (...) en los que, porque habitaron sus naturales en cavernas, grutas y cuevas subterráneas, por etimología se les dio el nombre de Trogloditas"*, poniendo de manifiesto que estos alojamientos probablemente no alcanzasen la categoría de viviendas. Este discurso lo culmina al ironizar sobre la posibilidad de exportar este económico sistema de ejecución y modelo urbanístico a las faldas del Benacantil. Y concluye: *"¿No es un sarcasmo que en pleno siglo XX se consienta que muchos de nuestros semejantes moren no ya como salvajes, sino como irracionales?"*.

¿Cuáles son las razones por las que estas construcciones no son merecedoras de sus ocupantes?. Se trata de viviendas pequeñas donde se amontonan las personas, que apenas cuentan con huecos de ventilación o patios de iluminación, donde *"la inmensa mayoría de los desagües de los retretes, carecen en su extremo inferior y en el superior de sifón hidráulico"*, si es que llegan a contar con estos aparatos. En realidad, se trata de *"pocilgas que son una afrenta para la higiene y un castigo sin culpa para los humildes, para la clase proletaria, que son forzados a ocuparlas"*, *"miserables casuchas, carentes en absoluto de condiciones de habitabilidad, pero útiles al parecer, según ellos, para seguir explotando á la clase proletaria, cobrándoles los alquileres á diario"*. Son críticas severas a la extorsión económica a que se somete a los trabajadores y a las condiciones sanitarias de esas *"pocilgas"* en las que se les obliga a vivir, porque la municipalidad no garantiza alternativas y, por no ofrecer, ni siquiera vela por la adecuada policía urbana, pues bajo su consentimiento se siguen construyendo estos hábitáculos más propios de animales que de humanos. Y esta visión es una óptica socialista, donde subyace una preocupación por la vorágine a donde intuía el autor que podía conducir esta incipiente sociedad de consumo, producto de la Revolución Industrial, que sobreexplotaba a los trabajadores.

Sin embargo, José Guardiola encuentra remedio a estos males. Una solución en tres niveles. En un primer estadio recomienda se elabore un *“Reglamento especial que, unido á las Ordenanzas Municipales, formen el Código local que obligue á los propietarios de las fincas sin atenuantes ni blanduras de ningún género por parte del Ayuntamiento, al cumplimiento estricto de lo que en uno y otro se establezcan”*. A saber: el número de retretes por vivienda en función de sus dimensiones, su posición, la dimensión de los desagües y tuberías, los sifones, el agua necesaria, la ventilación y las condiciones de las viviendas. Con todo ello se pretende *“la completa incomunicación entre la atmósfera de la vivienda y la de la alcantarilla”* como medida para que las pocilgas alcancen el estatus de vivienda. En un segundo escalón señala que *“sería suficiente (...) que mucho de lo existente se demoliera, dando con ello cumplida satisfacción á la moral, una muestra de celo y de entusiasmo por la higiene, y por consiguiente, para beneficiar á la clase proletaria”*, es decir: que se proceda a la demolición de todos los predios insalubres y antihigiénicos. Por último, en un tercer nivel, recomienda se elijan adecuadamente nuevas zonas para la expansión de la ciudad, en un momento en que el Plan de Ensanche ya está aprobado y parece que no cumplirá sus objetivos ni solucionará el problema del alojamiento obrero.

Para este futurible barrio elige las *“llanuras extensas como la del Bon Repós, de excelentes condiciones higiénicas por su situación y altura sobre el mar”*, resguardadas del *“Norte por el Garbinet”*, como el lugar *“á propósito para la edificación y trazado de jardines de recreo”*. Esta zona es: *“De tierras inmejorables, de perspectiva deliciosa, facilidades para el riego y para el desagüe de toda clase”*, por lo que debiera ser en el porvenir *“una de las más atractivas y gratas de Alicante”*, a lo que ayudarían los medios de locomoción cada vez más cómodos y más rápidos. Y aún concreta más: esta *“planicie tan hermosa, debiera ser destinada parte de ella en primer término al emplazamiento de un barrio lineal con anchas calles y alamedas, dedicado principalmente á sustituir los de Santa Cruz, parte de los de San Roque, Carmen, Villavieja y de San Antón, formados como se sabe de raquílicas y miserables viviendas”* donde conviene que entre *“la piqueta demoledora anunciadora de la higiene”*. Sólo de esta manera se solventaría el problema del alojamiento de la clase proletaria, en economía e higiene, objetivo que se alcanzaría si el Ayuntamiento enarbolase una bandera en la que como emblema apareciesen escritas con letras de oro las palabras *“Caridad, Higiene, Fraternidad”*.

La revolución tecnológica o la garantía de progreso

Para todos los grandes problemas detectados el autor ha sabido encontrar respuesta. Frente a las caducas estructuras de fortificación propone, tras su eliminación, planes de ensanche sobre los terrenos vírgenes y rectificación de alineaciones sobre los suelos consolidados; ambas actuaciones debían ser precedidas por la elaboración de un levantamiento planimétrico y en sus previsiones se debían atender las redes de infraestructuras. Para acometer la reforma sanitaria, con el fin de conseguir una atmósfera saludable, se debía sustituir la red de alcantarillado y crear una red de parques y zonas verdes; propuestas que exigían soluciones técnicas que garantizaran la estanqueidad y cierto montante de inversión económica. Por último, para mejorar el alojamiento de la clase proletaria, estimaba necesario la demolición de las construcciones insalubres, la elaboración de un reglamento de policía urbanística y la proyección de nuevos barrios más allá de los límites del Plan de Ensanche. Todas las soluciones tienen una base científica y una componente tecnológica, la de su ejecución. Y es que el siglo XIX se caracterizaría, más que por los avances científicos, por la aplicación de estos descubrimientos a la realidad: por el desarrollo tecnológico. Algo que, a finales de siglo, era muy palpable en la arquitectura y el incipiente urbanismo: las estructuras que sustentaban la primera habían cambiado su naturaleza (el hierro era el esqueleto de la construcción) y las infraestructuras que daban soporte al entramado urbano habían encontrado su razón de ser (el bienestar de una ciudad circulaba por sus tuberías, conductos, vías y cables).

José Guardiola piensa que una ciudad es tanto más culta cuanto más sana es. Y la salud de una ciudad depende directamente tanto de su trama urbana y sus espacios libres como de la calidad y servicio de sus redes de infraestructuras. A su entender, no puede haber un futuro en progreso si no se atienden y ejecutan adecuadamente, y con previsión, todas y cada una de las redes necesarias que garantizan la higiene de la ciudad, de los ciudadanos y el bienestar de ambos. Pero ¿cuáles son las infraestructuras que requieren tanta atención?. Casi todas las contempladas por el autor ya han ido desfilando por este escrito, y en muy poco difieren respecto de las actuales. Para el urbanista cabe distinguir cuatro infraestructuras básicas: la red de saneamiento (o el ciclo del agua: la distribución de la potable, la recogida de las sucias y la canalización de las pluviales), la red viaria urbana (por donde circulan personas y carruajes), las redes de transporte de energía (que mejoran la productividad y el bienestar social), y las redes de comunicación y transporte (que facilitan el intercambio de personas y mercancías). Para

todas estas redes encuentra una respuesta técnica que garantiza la corrección del servicio que deben prestar.

Por lo que respecta a la red de saneamiento, además de los criterios generales ya expuestos de sustitución, propone tres niveles de actuación. Un primero relativo a las conducciones del agua potable, las cuales no deben cruzarse ni interferirse con las redes de aguas sucias del tipo que sean. En un segundo nivel, y dado que la ciudad presenta graves problemas por inundación ante las lluvias torrenciales, propone que se ejecuten una serie de colectores generales que recojan estas aguas para conducir las hasta el mar, cuyo tendido debía transcurrir de modo soterrado en el interior de la ciudad. Se trataría de cuatro fosos situados en enclaves estratégicos: el arranque del Benacantil, las faldas del Tossal, el barranco de San Blas y ampliar el colector existente en la cuesta de San Vicente. No deja de ser curioso que esta previsión, tan evidente para el autor y tan sufrida por la ciudadanía, se esté ejecutando cien años después. En un tercer nivel, considera conveniente que se ordene el subsuelo de las calles para distribuir los distintos servicios urbanos: las redes de carácter higiénico (servicios del alcantarillado y de aguas potables) separadas de las demás redes energéticas. En este sentido, para la red de saneamiento, tras estudiar los distintos modelos vigentes, propone el sistema de "todo a la alcantarilla" del sistema *Waring* (que funciona por simple gravitación), aunque aquí las conducciones, en su mayoría, no resulten visitables. Además, esta propuesta era la más económica y la más efectiva como lo estaba demostrando en distintas capitales europeas (Berlín, Lisboa, Francfort) y varias españolas (Valladolid, Bilbao y Sevilla). Y que los puntos de vertido al mar de este sistema se localizaran muy lejos de la trama, allá por las playas de Babel o donde más tarde se propuso: en Agua Amarga.

Por lo que respecta a la red viaria urbana, José Guardiola señala que todas las calles deben distribuirse en "aceras, andenes y arroyo o arrecife", con el fin de que la circulación peatonal pueda efectuarse cómoda e independientemente de la "ecuestre y rodada". Además, las calles deben pavimentarse, con lo que se mejora la circulación de las aguas de lluvia, y elegir adecuadamente su material, pues el tipo de juntas y el sistema de colocación dependerá de las diferentes calidades del firme *Mac-Adam*, el asfalto o el adoquinado de basalto y pórfido. Pero, a su juicio, no es suficiente con que se proceda a un correcto trazado (alineación, rasante y dimensión), ni que éste se complete con una correcta ejecución y unos buenos materiales. La razón que mejora toda inversión realizada en urbanización es su mantenimiento, algo que parece que han olvidado las autoridades municipales. Porque "así como cuida su propia persona su casa para tenerla lim-

pia y en buen estado; así como limpia sus vestidos para conservarlos y darles más duración; así como cuida su propia persona, observando las reglas de higiene, así deben cuidarse las obras por él ejecutadas para que sean duraderas, único modo de obtener economía, buen aspecto y conservar el capital invertido”.

En cuanto a las redes de transporte energético cabe señalar, en primer lugar, que son producto del avance científico, ya que éstas no existían con anterioridad al siglo XIX, y, en segundo lugar, augura un rápido desarrollo en cuanto a implantación y mejora: cantidad y calidad. Estas redes están formadas por “*los tubos conductores de gas para alumbrado, la calefacción y usos culinarios*”. Son las que nos acercan las comodidades que el desarrollo tecnológico pone al alcance de la comunidad para su bienestar. Estos sistemas, José Guardiola intuye que en el futuro, gracias a los gigantescos adelantos e inventos, serían más sencillos y perfectos. De nuevo, un voto de confianza en la capacidad del hombre, una mirada hacia el mañana con esperanza bajo la bandera de la garantía del progreso técnico.

Por último, en lo que se refiere a las redes de comunicación y transporte efectúa una apuesta por los nuevos medios de locomoción. Deja claro que estas redes cuentan con tendidos que transportan la energía: “*los hilos eléctricos que nos ponen en comunicación rápida con todo el mundo, nos dan luz y noticias escritas o habladas (...) e impulsan a los vehículos*”, pero también requieren elementos construidos que consumen ciudad y territorio. Los innovadores sistemas de comunicación verbal (telégrafo, teléfono y radio) resultan tan recientes que el autor los mantiene en suspenso, a la espera de concretar sus necesidades espaciales. En cuanto a los sistemas de transporte (marítimos y terrestres), mucho más adelantados, sugiere su potenciación desde la ciudad. Por ello considera el puerto, y los proyectos de reforma y ampliación, algo tan urgente como los planes de ensanche. Uno y otro son una misma cosa: no puede crecer Alicante si mantiene un puerto pequeño e inadecuado. El comercio es la base de la actividad económica ¿de qué serviría pues, implantar industrias si sus productos no pueden alcanzar los mercados donde se consumen?. En consecuencia, toda la infraestructura portuaria debe ser mejorada, pero también la ferroviaria que era la que unía los muelles de carga y descarga con el interior peninsular. De este modo, José Guardiola toma nota tanto de las líneas ya en funcionamiento (Madrid y Murcia) como de las nuevas aprobadas (Alcoy y Villajoyosa), y apremia a la Administración a que vigile los plazos a las empresas concesionarias, con el fin de que éstas agilicen obras tan vitales. Todas estas líneas interurbanas tienen paradas junto al puerto, por lo que urge a que se solucionen, primero, los incipientes problemas de congestión para evitar males mayores en el

futuro, segundo, se deslinde de un modo poco lesivo para la ciudad la zona de servicio del puerto, y, tercero, se mejore el aspecto de la fachada marítima de la misma. Explanada de por medio, con vías férreas y dársena portuaria. Para finalizar con este tema recuerda que estas infraestructuras también surcan la trama urbana (tranvías a Elche y Crevillente, a San Vicente y la Huerta), con sus incomodidades y sus ventajas, y para los que habría que pensar en sustituir su tracción animal por la eléctrica.

Es evidente que el autor inclina la balanza a favor de la tecnología. Gracias a ella la ciudad será más sana y más cómoda. Porque contará con un planeamiento acertado y proporcionado entre calles, avenidas, plazas y parques, habrá erradicado las pocilgas que se habrán sustituido por barrios dignos y soleados para las clases más humildes, tendrá una red de saneamiento que impedirá la propagación de infecciones y enfermedades, contará con servicios de alumbrado y otras energías, y estará comunicada entre sus extremos y con otros centros metropolitanos, tierra o mar de por medio. Y todo para conseguir una atmósfera sana y limpia, en la ciudad y en su entorno, donde la luz, el aire y el agua circulen con facilidad beneficiando a todos los habitantes, sin distinciones. Una gran dosis de paternalismo socialista, con un matiz utópico, gobernada por dos principios alineantes: la reforma sanitaria y el progreso tecnológico. Aquí radica su segunda idea de modernidad: hacia la utopía de la salud urbanística auxiliados por el desarrollo técnico.

